

CADIZ 15 DE ABRIL DE 1875.

*La Prensa Gaditana* ha querido ayer ahondar un poco en la cuestión que con nosotros viene sosteniendo sobre la prohibición del trabajo en los días festivos, y no ha conseguido más que encerrarse en un círculo vicioso, del cual le hacen salir naturalmente las leyes de la lógica y del buen sentido.

Nuestro apreciable colega arguye de este modo. El precepto de las ordenanzas municipales, en cuya virtud fué expedido el edicto del señor alcalde, no está conforme con las mismas leyes en que pudiera apoyarse. Siendo, pues, ilegal é improcedente, el alcalde se ha excedido de sus atribuciones publicando el edicto en que manda cumplir el precepto de que se trata.

No, aquí hay mucho de sofisma, con perdon sea dicho de *La Prensa*. Si las ordenanzas municipales son defectuosas, si contrarian, en efecto, alguna ley, lo que precede es enmendar lo que tengan de defectuoso y suprimir lo que tengan de ilegal. ¿A quién ha debido acudir con este objeto? ¿Al alcalde que es simplemente el ejecutor de las mismas ordenanzas? No. A quien ha debido acudir es al ayuntamiento que las forma y que tiene, por tanto, autoridad y competencia para enmendar ó derogar cualquiera de sus artículos.

Supongamos que la reclamación se hubiese hecho así, y que el ayuntamiento en vista de ella hubiese dejado sin efecto el artículo en que se funda el edicto del señor alcalde. El edicto habría quedado sin efecto también, y no por eso la autoridad habría sido desairada, porque faltaba ya el fundamento legal de su mandato, fundamento que no era hijo de su criterio propio, y que no necesitaba ni necesita, por tanto, considerar como si efectivamente lo fuese.

Pues demos por supuesto que el ayuntamiento negaba la reclamación, ó lo que es igual, que sostenía la legalidad y la conveniencia del artículo de las ordenanzas. El recurso de alzada en ese caso se habría planteado contra el acuerdo del Municipio, y cualquiera que hubiese sido el fallo, la autoridad del alcalde habría salido ilesa de la controversia.

¿Qué tiene que oponer *La Prensa* á este razonamiento nuestro?

Pues bien, diga *La Prensa* cuánto le plazca contra las ordenanzas municipales. ¿Por qué no promueve su reforma? Pero no ataque al alcalde por la publicación de un edicto en que la autoridad local no hizo más que encarar el cumplimiento de lo que en aquellas se previene.

En los momentos mismos en que se proclamaba la monarquía legítima, y en que los partidarios de esta institución angusta, esperaban impacientemente el momento de poder aplaudir en las nuevas autoridades medidas que diesen satisfacción á los sentimientos cristianos de un pueblo que durante la revolución había visto con horror todo género de atentados contra las santas creencias de nuestros padres, ¿podía extrañarse que el alcalde de Cádiz recordase la observancia de un precepto de las ordenanzas municipales que envolvía un pensamiento cristiano y que no había sido formal y explícitamente dero-

gado? ¿Qué había aquí de censurable en la medida de la autoridad?

¿Es que se cree que el artículo de las Ordenanzas no estaba estrictamente arreglado á estas ó las otras leyes antiguas ó modernas? ¿Es que se entiende que de hecho habían caducado sus prescripciones? Pues al alcalde no correspondía declarar esto: semejante declaración debía hacerla el ayuntamiento, en el caso de que fuese procedente y justa. El alcalde estaba en su derecho publicando su edicto y los ataques de *La Prensa Gaditana* carecen evidentemente de fundamento.

Nuestro colega se atiene, por lo que vemos, al mismo procedimiento vicioso que desde el principio hasta el fin se ha seguido en este asunto. Háse juzgado, sin razón, el edicto del alcalde, en lugar de juzgar el fundamento legal del edicto mismo. Se ha querido concluir por donde ha debido empezarse, y hé aquí á los impugnadores de la medida de que se trata encerrados en ese círculo vicioso donde vemos á *La Prensa Gaditana*, luchando inútilmente, como hemos dicho antes, contra las leyes de la lógica y del buen sentido.

Se ha confirmado la triste noticia, que hace días venía recelándose, de haber fusilado los carlistas algunos de nuestros soldados prisioneros en Estella.

No ha sido á un cabecilla sin importancia á quien se debe esta feroz determinación; procede de Mendiri mismo, sin que los ruegos de algunos de los suyos hayan bastado á conmovér su ánimo.

Era sabido en el ejército que los carlistas pretendían vengar la muerte de los partidarios de Rozas, que murieron en San Martín de Unx, fusilando bárbaramente unos cuantos prisioneros; pero se confiaba que esto no llegaría á verificarse, prevaleciendo los sentimientos de humanidad y los esfuerzos del general Quesada, que envió á Estella á los Sres. Goya y Goicoechea, para evitar el injustificado sacrificio.

Sin embargo, nada se ha conseguido. El día 6, precediendo la orden de Mendiri, se sortearon todos los prisioneros nuestros que hay en Estella, comprendiendo lo mismo á militares que á paisanos, á jefes y oficiales que á soldados; y el día 7, á las cinco de la mañana, fueron puestos en capilla tres soldados del regimiento de Asturias; dos del de Valencia, dos carabineros y un acemilero, señalados por la suerte como víctimas de la ira y saña del carlismo.

A las tres horas se cumplió el fallo inhumano, fusilándose en las inmediaciones de la ciudad.

El pretexto de semejante atentado ha sido la muerte de algunos partidarios de Rozas por la gente que manda D. Tirso Lacalle (el cojo de Cirauqui), que suponen los carlistas fueron muertos después de rendidos. El Sr. Lacalle afirma lo contrario, asegurando que los de Rozas, no dando ni recibiendo cuartel, no quisieron rendirse, siendo necesario perseguirlos de muerte.

«Hay, sin embargo, una consideración de más fuerza, añade el corresponsal de un colega, para los carlistas, que debió mover á Mendiri para templar una cólera brutal que hasta ahora no había, por honra suya, demostrado. Son, por desgracia, muy públicos y evidentes los actos de salvajismo llevados á cabo por el bandido Rozas Samaniego para que haya necesidad de recordarlos.

Cuando alguna vez nuestros generales han dirigido á los jefes carlistas reclamaciones contra las insignes atrocidades de aquel escapado de presidio, á falta de razonamientos para excusarlas, lo mismo Elio, que Dorregaray, que Mendiri, han contestado que la partida de Rozas carecía de organización regular, y no podían, por lo tanto, ni aceptar la responsabilidad de los actos que su gente cometiera, ni estaban tampoco en el caso de distraer fuerzas para obligarle á más suaves procedimientos.

Después de esto, que puede probarse con documentos, ¿había siquiera pretexto en la muerte de otro de los secuaces del bandido Rozas para sacrificar tan villanamente á los inocentes prisioneros de Estella?»

Desde 1.º de Enero de 1869 hasta 1.º de Marzo último ha sido reforzado el ejército de Cuba con 75 514 hombres, de los que 2.734 han sido jefes y oficiales y 72.777 individuos de tropa. Los gastos del pasaje de estas fuerzas han importado 46 y medio millones de reales, que han sido satisfechos con cargo al presupuesto de la isla de Cuba.

El embarque se ha hecho en 138 expediciones ordinarias y cuarenta y una extraordinarias, en esta forma:

1869.—Veintitres expediciones ordinarias, con 514 oficiales y 9.064 soldados; y ocho extraordinarias, con 248 oficiales y 5.706 soldados.

1870.—Veinte ordinarias, con 179 oficiales y 5.636 soldados; y seis extraordinarias, con 108 oficiales y 5.334 soldados.

1871.—Veintitres ordinarias, con 137 oficiales y 6.791 soldados; y siete extraordinarias, con 131 oficiales y 7.177 soldados.

1872.—Veintidos ordinarias, con 439 oficiales y 4.458 soldados; y cuatro extraordinarias, con 178 oficiales y 3.391 soldados.

1873.—Veintitres ordinarias con 364 oficiales y 5.761 soldados; y once extraordinarias, con 55 oficiales y 7.784 soldados.

1874.—Veintitres ordinarias, con 126 oficiales y 5.048 soldados; y tres extraordinarias, con 34 oficiales y 3.032 soldados.

1875.—Cuatro ordinarias, con 185 oficiales y 1.558 soldados; y dos extraordinarias, con dos oficiales y 2.027 soldados.

En este resumen no están incluidas las fuerzas que se han embarcado en la Península desde 1.º de Febrero del corriente año hasta el día.»

*El Tiempo* publica la siguiente correspondencia:

BARCELONA 8 de Abril.

Otra fausta noticia se tiene hoy del teatro de la guerra y que el telégrafo les habrá comunicado, por ser de trascendental importancia. Me refiero á la entrada del general Martínez Campos en Ripoll.

Puede colegirse de la trascendencia sabiendo que hacía más de veinte meses que no habían penetrado en aquella liberal villa nuestros soldados.

Decidido dicho general á reanimar por completo el espíritu público de la provincia de Gerona, creyó que, después de fortificado Olot, solo quedaba Ripoll centro de operaciones de los facciosos en aquella comarca, y donde tenían parte de un parque y depósitos, á cuyo efecto salió con parte de sus fuerzas; y después de un combate sostenido con cuatro batallones de Hugué en las inmediaciones de la población, penetraron las tropas, siendo recibidas con vivo entusiasmo por los habitantes de Ripoll, liberales en su mayoría.

Por noticias recibidas hoy, sábase se fortificará y quedará en ella la correspondiente guarnición.

El ánimo de los carlistas está muy abatido; derrotados en Aleixar y Maure-

sa, teniendo muchos prisioneros y muertos; perdido á Olot, corte del carlismo en Cataluña, y luego Ripoll, ven ya claramente, aun los más obcecados, que ha dado principio su periodo de decadencia y total ruina.

Los grupos dispersos de la acción de Aleixar han sido en su generalidad copados por completo.

Para que no se estrañe el silencio de la prensa sobre ciertas cuestiones de carácter constituyente que hoy no pueden traerse al terreno de la discusión, insertamos la orden en cuya virtud ha sido suspendido por quince días *El Correo de Madrid*:

«Siendo objeto del artículo de fondo del periódico *El Correo de Madrid*, cuyo epígrafe es la *Unidad católica*, una cuestión constitucional vedada á la discusión de la prensa periódica por el art. 3.º del real decreto de 29 de Enero último, y ejerciendo las facultades delegadas que me confiere la real orden de 14 de Febrero del corriente, he acordado la suspensión por quince días del periódico que V. dirige, advirtiéndole que es la segunda aplicada á la citada publicación.»

Dios guarde á V. muchos años. Madrid 9 de Abril de 1875.—J. Elduayen.»

También se ha ordenado la suspensión por ocho días de *El Correo Militar*.

Malos vientos corren para los *Correos*.

Un periódico de Sevilla publica la siguiente notable circular que ha publicado el Sr. Cardenal Arzobispo de aquella diócesis.

*Circular á los señores Arciprestes, Curas y demás eclesiásticos de nuestro Arzobispado acerca de la predicación de la palabra divina.*

Graves y delicados deberes tenemos que cumplir al presente, amados hermanos y cooperadores nuestros, para defender á la Iglesia santa de los rudos é incasantes ataques, que le dirige la incredulidad, negando sus augustos dogmas y combatiendo con sanático orgullo su celestial doctrina. Debemos luchar, y hemos luchado sin tregua, gracias á Dios, á imitación de nuestro Maestro divino, en medio de las persecuciones, apoyados en la eficacia de su imitable palabra, arma poderosa, con que fueron vencidos los errores y heregias de los tiempos que pasaron, y lo serán, sin duda, los del siglo en que vivimos. *Clamá, ne cesses* (1), dice el Señor por su Profeta á cada uno de nosotros, y en cumplimiento de este divino mandato, hemos predicado y debemos continuar predicando contra los errores y los vicios, cuyas funestas sombras, tan universalmente extendidas, serán disipadas al fin por la luz purísima de la verdad, que debemos difundir por el ministerio de la palabra.

Pero es necesario tener presente, que para obtener tan feliz resultado, es indispensable que el ministro que la anuncia esté lleno de su espíritu, y no desvirtue su eficacia, descendiendo de la altura, en que debe estar siempre colocado, al terreno, en que suelen luchar las pasiones personales ó de partido, sin otro fruto que el de destruir y no el de edificar, único fin que ha de proponerse el predicador del Evangelio. Debe asimismo llevar el convencimiento con la eficacia de la verdad al ánimo de sus oyentes y atraer sus corazones con la dulzura de sus palabras, con su humildad y mansedumbre y sobre todo con la caridad, que debe animarle, y que no le permitirá jamás mezclarse en las cuestiones que agitan al mundo político, porque estas producen la división y frecuentemente los odios, á lo que no debe contribuir de mo-

(1) Isaías Cap. LVIII. v. 1.





